

Una visión romántica de la ciencia: Frankenstein o el moderno Prometeo

Dolores Pilar Martín Moruno

Podemos comprender la percepción social de la ciencia como esa suerte de universo colectivo, nutrido por las esperanzas, inquietudes, obsesiones e incluso paranoias que el hombre en cada época y de una manera completamente diferente, proyecta sobre las aportaciones y repercusiones de la investigación científica y tecnológica en la vida humana. Nuestra cultura contemporánea nos ofrece una amplia muestra de estas imágenes sociales de la ciencia, a través de las cuales podemos apreciar una valoración, reflexión o crítica del innegablemente destacado papel de la comunidad científica en la sociedad. De hecho, hoy día numerosos especialistas, ya sean filósofos, bien historiadores o sociólogos de la ciencia se dedican al análisis y la interpretación de estos problemas.

Sin embargo, aquí echaremos una mirada atrás, a un tiempo no tan lejano: el de nuestros antepasados, los románticos, para observar cómo la cuestión por los límites éticos de la ciencia se articula de una manera consciente, por vez primera. El romanticismo fue un periodo increíblemente complejo, no sólo en el sentido cultural, político y social, sino también en referencia a la dinámica de la investigación científica, pues es entonces cuando se comienzan a observar las conversiones entre las diferentes fuerzas de la naturaleza, y se proponen las primeras ideas acerca de la conservación de la energía.

Entre otros problemas, los románticos se preocuparon especialmente por la importancia que había ganado el científico en la sociedad moderna, así como los límites éticos, que debía respetar al poner en práctica sus investigaciones. No fueron ni los filósofos, ni los historiadores, ni los científicos, quienes formularon esta cuestión fundamental, sino que surgió a través de inofensivos relatos imaginarios, que tomaron como fuente de inspiración la ciencia y los progresos de la técnica. Las ficciones de ciertos poetas de comienzos del siglo diecinueve nos invitan a viajar a otros mundos posibles, que aunque poco probables, podrían ser reales.

Entre los relatos imaginarios de comienzos del siglo diecinueve, destaca una romántica visión de la ciencia: *El Frankenstein or the modern Prometheus* (1818). Entre otros motivos, su importancia reside en que con este relato se inaugura eso que comprendemos como el género de ciencia-ficción, ampliamente refinado gracias a su expresión cinematográfica, con la ayuda de los impresionantes efectos especiales.

Aunque *Frankenstein* sea un viaje imaginativo también nos aporta un maravilloso testigo de la percepción social de la ciencia de la Inglaterra de comienzos de siglo diecinueve: del importante papel divulgativo, que desarrollaron ciertas instituciones promoviendo la comprensión de los nuevos conocimientos sobre la electricidad, así como de la formación de la llamada “ciencia popular”, que había puesto de moda en los cafés las discusiones sobre los últimos retos científicos.

El Frankenstein fue escrito en 1816 por Mary Shelley (1797-1851), entonces una jovencita, que apenas había cumplido los diecinueve años cuando decidió elaborar esta historia. Como bien es conocido, se trató del producto de un verano poco apacible en Suiza, a las orillas del romántico lago Léman. Ella se encontraba entonces junto a su futuro marido, el poeta Percy B. Shelley y su hermanastra Claire Clairmont en la Villa Diodati, invitados por el afamado Lord Byron. Las tormentas les obligaron a recluirse durante varios días dentro de la residencia, de manera que decidieron leer unos cuentos de fantasmas, para ayudarles a matar el tiempo.

De aquellas lecturas comunes surgió un desafío: cada uno de ellos habría de componer una historia de terror, similar a las que habían estado escuchando. Byron, Shelley, Polidori (el secretario y médico personal de Byron) y Mary se pusieron manos a la obra, seducidos por tan ingeniosa idea.

“[...] Cada uno de nosotros escribirá una historia de fantasmas -dijo Lord Byron-, y todos aceptamos su proposición. Éramos cuatro. El noble autor inició un relato, parte del cual aparecerá al final de su poema Mazeppa. Shelley, más dispuesto a envolver ideas y sentimientos en la irradiación de una imagería brillante y en la música del verso más melodioso que adorna nuestro lenguaje que a intentar la estructura de una historia, comenzó un relato basado en las experiencias de sus primeros años de vida. El pobre Polidori había concebido cierta idea terrible acerca de una dama cuya cabeza era una calavera [...] Me ocupé de pensar una historia, un relato que rivalizara con los fragmentos, que nos habían inducido a abordar esta tarea [...].”

Cuando las fuertes lluvias dieron paso a días más soleados, Byron y Shelley olvidaron la apuesta, por una excursión a través de los sublimes Alpes. En cambio, Mary y Polidori continuaron atormentándose junto a las monstruosas creaciones, que habían traído a la vida: *Frankenstein...* y *El Vampiro*. Aunque ambos relatos se basen en una fantasía, con *Frankenstein...* Mary Shelley se distanciaba del simple relato de espectros y hechizos, tipificado en el ambiente gótico de *El Vampiro*. Más aun, reconoce abiertamente haberse inspirado en varias conversaciones entre Byron y Shelley, que se entretenían sobre las teorías del galvanismo animal, tan en boga en aquel cambio de siglo romántico:

“[...] Sostuvieron muchas y prolongadas conversaciones, y yo fui oyente devota pero casi silenciosa de esos coloquios. Durante una de esas charlas se discutieron

diversas doctrinas filosóficas, y entre otras la naturaleza del principio de la vida, y si existían posibilidades de que jamás fuese posible descubrirlo y comunicarlo. Hablaban de los experimentos del Dr. Darwin (me refiero no a lo que él hizo realmente, ni a lo que dijo haber hecho, sino porque se aviene más a mi propósito a los actos que entonces se le atribuían), que preservaba un trozo de vermicelli en un frasco de vidrio, hasta que gracias a ciertos medios extraordinarios éste comenzaba a moverse voluntariamente. Después de todo, no se trataba de infundir la vida. Quizás fuera posible fabricar los elementos de una criatura, reunirlos e infundirles calor vital [...]”

No se trataba de la primera vez, que Mary escuchaba una discusión sobre la “resurrección eléctrica”, ya que se trataba de un tema que causaba furor entonces en los clubs científicos ingleses de la época. La importante labor de divulgación científica, llevada a cabo en la sociedad inglesa, promovió que las gentes participaran en los nuevos descubrimientos científicos, gracias a la creación de instituciones como la *Royal Institution*. Mary no sólo asistió a estas reuniones, sino que pudo considerarse una privilegiada, al escuchar desde niña en casa de su padre discusiones científicas entre Erasmus Darwin, Humpry Davy o Samuel Taylor Coleridge.

Hija de Mary Wollonescraft y William Godwin, dos importantes intelectuales radicales del momento, había recibido una educación poco común entre las mujeres de su tiempo. Con diecinueve años, no sólo se había interesado por conocer a los clásicos y las obras filosóficas del momento, sino por estar al tanto de los últimos descubrimientos de la ciencia de su tiempo. Había leído las obras de Humpry Davy, importante químico de la época (1778-1829), que había desarrollado sus investigaciones sobre las relaciones de este dominio con la electricidad: la electroquímica.

También había tenido la oportunidad de conocer a Erasmus Darwin (1731-1802), el abuelo del conocido Charles, así como pudo leer su exposición de las leyes de la vida orgánica. Había estudiado los experimentos de Benjamin Franklin sobre conductividad eléctrica y tenía noticia de los últimos descubrimientos sobre el principio vital, que -según Luigi Galvani- parecían indicar que residía en la electricidad animal.

Estas teorías se recibieron acaloradamente en la Europa de comienzos del siglo diecinueve, generándose movimientos como el galvanismo animal. La idea de que la vida se encontraba íntimamente ligada con el fenómeno eléctrico era una doctrina bastante extendida entre los filósofos naturales de la época, que -como Alexander von Humboldt o Wilhelm Ritter- creían haber encontrado el secreto del comportamiento último de la naturaleza.

“[...] Los médicos, comienzan a enrolarse en investigaciones sin salida, espectaculares como macabras [...] es evidente que ellos buscan llamar cierta forma de vida a la acción de la electricidad. No están solos en la persecución de esta quimera; Aldini, el sobrino de Galvani, Pfaff, el mismo Humboldt, diversos ingleses intentarán reanimar los cuerpos de los condenados, después de su ejecución [...]”

Aquel verano del 1816, en la Villa Diodiati, Mary no se limitó a reproducir las conversaciones que había escuchado: se inspiró en los descubrimientos científicos de la época, imaginando cual sería el terrorífico resultado de ese logro, tan esperado. Creó el primer relato de ciencia-ficción, al colocar a la ciencia como fuente de lo sobrenatural y maravilloso.

*“[...] Vi -con los ojos cerrados, pero con viva claridad mental- al pálido estu-
dioso de las artes ocultas arrodillado al lado de la cosa que él mismo había arma-
do. Vi extendido el horrible fantasma de un hombre; y luego, a impulsos de alguna
máquina poderosa, mostrar signos de vida y agitarse con movimientos torpes, como
los de un ser vivo. Debía ser terrorífico, pues tal efecto tenía que provocar una
empresa humana que pretendía parodiar el mecanismo estupendo del Creador del
mundo. Su éxito mismo debía aterrorizar al artista; y éste se apartaría espantado,
agobiado por el horror de la obra creada por sus propias manos. Debía confiar en
que, abandonada a sí misma, se desvaneciese la ligera chispa de vida, que había
logrado comunicar; y que esta cosa, que había recibido tan imperfecta animación,
recayese en la materia muerta [...].”*

La historia de Víctor Frankenstein es conocida, gracias a la correspondencia de Walton, un marinero que encontró en las tierras del Polo Norte a un hombre delirante, que le narró los terribles sucesos ocurridos. Natural de Ginebra, Víctor Frankenstein recuerda cómo su destino se vio unido al de la filosofía natural desde muy temprano, cuando aun era un niño.

*“[...] La filosofía natural es el genio, que ha regulado mi destino. Deseo, en con-
secuencia, en esta narración, establecer aquellos hechos, los cuales me llevaron a la
predilección por esta ciencia. Cuando tenía trece años, fuimos todos a una excu-
sión a los baños cerca de Thonon; la inclemencia del tiempo nos obligó a quedar-
nos un día confinados en el interior. En esta casa tuve la suerte de encontrar un
volumen de los trabajos de Cornelius Agrippa. Lo abrí con apatía, la teoría que él
intentaba demostrar y los maravillosos hechos que contaba pronto cambiaron este
sentimiento en entusiasmo [...].”*

Con el tiempo, Víctor se había consagrado a la lectura de los alquimistas, como Cornelius Agrippa, Alberto Magno y Paracelso, convirtiéndose en su fiel discípulo. Así que al terminar sus estudios secundarios en Ginebra, se propuso ir a estudiar ciencias naturales a la Universidad de Ingolstadt.

Allí, Víctor comenzó a trabajar con sus nuevos profesores, quienes encaminaron su desmesurada pasión por los conocimientos de la naturaleza hacia el estudio de la anatomía y la fisiología. Sus investigaciones sobre los seres vivos, le llevaron a plantearse seriamente cuál podría ser el principio que insuflaba la vida en la naturaleza. Entre sus más tempranos recuerdos, como si tratase del telón de fondo de su historia, parecía encontrarse la clave del misterio:

*“[...] Tendría alrededor de quince años cuando, desde nuestro retiro, cerca de
Belrive, presenciamos una violentísima tormenta eléctrica. Se acercaba desde
detrás de los montes Jura y el trueno sonaba con un ruido terrible desde distintas
partes al mismo tiempo. Mientras duró la tormenta estuve mirándola encantado
junto a la puerta y de repente vi una lengua de fuego, que surgía de un viejo y
espléndido roble, que se levantaba a unos veinte metros de nuestra casa. Cuando
desapareció aquella luz cegadora comprobé que también había desaparecido el
roble, del que sólo quedaba un muñón carbonizado [...] Nunca he visto nada tan
destrozado. Hasta entonces no había tenido el menor conocimiento de las leyes más*

simples de la electricidad. En aquella oportunidad nos acompañaba un hombre dedicado al estudio de la filosofía natural, y movido por la catástrofe, nos explicó una teoría por él creada sobre la electricidad y el galvanismo [...]

Esta alusión a la electricidad animal nos sugiere cómo Víctor pudo dar a luz a la creación del monstruo, ya que en el relato se omite cualquier referencia directa al galvanismo animal, al contrario que en sus posteriores versiones cinematográficas, que representan a partir de toda suerte de complicados aparatos la chispa vital.

“[...] En una lúgubre noche de noviembre llegué al término de mis esfuerzos. Con ansiedad que era casi agónica, dispuse a mi alrededor los instrumentos que me permitieron infundir una chispa vital a aquella cosa muerta, yaciente a mis pies. Era ya la una de la mañana y mi candil estaba casi consumido cuando a su débil resplandor vi abrirse los ojos amarillentos de mi obra [...]”

Es por todos conocida la tragedia que desata Víctor al lograr con éxito su experimento: como si de una plaga se tratase, todos los seres queridos del moderno sabio mueren a manos de su criatura, en venganza por haberle traído a la vida. De proporciones amorfas, y sobre todo aislado en una completa soledad, Frankenstein, como también se ha terminado llamando a la creación de Víctor, descubre desde su nacimiento un mundo inhumano, que le rechaza radicalmente por su aspecto monstruoso. En el mito de Shelley se terminan por confundir víctima y verdugo entre sus dos personajes principales.

Aunque se escribiera hace dos siglos y las teorías sobre el galvanismo hayan caído en el olvido de la historia de la ciencia, la profunda reflexión ética que articularon los románticos como Shelley en el mito de Frankenstein continúa abierta: ¿es lícito llevar a la práctica, todo aquello que se sabe hacer, aunque pueda poner en peligro a la sociedad?